

que yo os aliviare y consolare. Acercaos á este trono de clemencia, y con confianza de hijos á un Padre que tiernamente os ama, animados de un verdadero dolor y detestacion del pecado, decid en lo íntimo de vuestra alma: Señor mio Jesucristo &c. DIXE.



SERMON

PARA EL VIERNES
DE LA SEMANA TERCERA
de cuaresma.

Si scires donum Dei, et quis est qui dicit tibi: da mihi bibere, forsitan petiisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam. Joann. IV. 10.

SEÑORES:

El evangelio del dia nos presenta uno de los triunfos mas célebres de la gracia de Jesucristo, y un poderoso estímulo para que nosotros la apreciemos, y sigamos con fide-

dad. Fatigado el Salvador por el largo camino que habia emprendido desde la Judéa hasta la ciudad de Samaria en la Galilea, estaba sentado junto á la fuente que Jacob habia dado á su hijo Josef. Estando asi fatigado llegó la Samaritana á sacar agua, y Jesucristo, ausentes sus discípulos, la dixo: dame de beber. La Samaritana, que era una de aquellas mugeres, que á su vida desatreglada y escandalosa unen la vanidad de parleras, y el orgullo de literatas, le responde: ¿ cómo siendo tú judío, pides de beber á una muger de Samaria, sabiendo que los judíos no tienen comunicacion con los samaritanos? Si conocieras, la dice Jesucristo, el dón de Dios, y quién es el que te pide agua, acaso tú se la hubieras pedido á él, y te hubiera dado un agua viva. Señor, responde ella, ni aun vasija que llenar tienes, y el pozo está hondo, ¿ de dónde pues sacas el agua viva? ¿ Eres

tú por ventura mayor que nuestro padre Jacob, que nos dió el pozo, del cual bebió él, sus hijos y sus rebaños? Todo el que bebe de esta agua, la dice el Salvador, tendrá sed otra vez; mas el que bebiere el agua que yo le dé, no tendrá sed eternamente; pues el agua que yo le daré, se convertirá en una fuente de agua que salte á la vida eterna. Señor, dame esta agua, le dice la muger, para no tener sed, ni venir aquí por agua. Anda y llama á tu marido, le responde Jesucristo, y ven acá. No tengo marido, dice ella. Bien has dicho, repone el Señor, porque has tenido cinco, y aun el que ahora tienes no es tu marido. Señor, dice ella, por lo visto eres profeta. Y para mudar de conversacion, añade, echándola de sabia: nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros (los judíos) decís que está en Jerusalén el lugar donde Dios quiere ser adorado. Mu-

ger, creeme, dice el Salvador, porque se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoráis al Padre. Vosotros adorais lo que no sabeis, nosotros sabemos lo que adoramos, porque la salud viene de los judíos; pero llega el momento, y es ahora cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad; pues tales son los que el Padre busca para que le adoren. Espíritu es Dios, y los que le adoran conviene le adoren en espíritu y verdad. Yo sé, dice la muger, que viene el Mesías (que se llama Cristo), cuando venga, nos anunciará todas estas cosas. Yo soy, la responde Jesucristo, yo soy, que hablo contigo. En el instante llegaron los discípulos, y la muger dexó su cántaro, marchó á la ciudad, y anunció la venida del Mesías. De resultas creyeron muchos de los samaritanos, y mayor número, cuando oyeron por sí mismos á Jesucristo.

Hasta aqui en substancia el evangelio del día, cuyo diálogo he querido traducir casi á la letra, á fin de que podais fácilmente conocer la solitud con que Dios busca al pecador, la paciencia con que lo espera, la dulzura y afabilidad con que le trata, y las diferentes formas que toma su gracia para atraer al rebaño la oveja descarriada, sin hacer caso de sus desvios, siguiéndola cuando fugitiva y deslumbrada se aparta de su verdadero Pastor, hasta que voluntariamente atraída de sus amorosos silbos, la reduce á su redil, la cura y sana, la hace entrar en su deber, y la apacienta y abrevia para la vida eterna. Esta célebre conversion pues de la Samaritana, que la Iglesia nos presenta, nos hace capaces de comprehender en el modo posible la conducta de la gracia en orden á los pecadores, y lo que estos deben hacer para corresponder á la gracia. Esta será la ma-

teria; en cuya primera parte os haré ver lo que la fe nos enseña acerca de la gracia en la conversion del pecador; y en la segunda, lo que prescribe la moral para la fiel correspondencia del pecador á la gracia. Todo ello va dirigido á honra y gloria de Dios, y al bien de vuestras almas. Exíge pues de justicia toda vuestra atencion. Mas para que produzca en vosotros el deseado fruto, ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo, poniendo por intercesora á su augusta Esposa. Saludémosla humildes con el ángel. *Ave Maria.*

Si scires donum Dei &c.

Antes del pecado, que contraximos todos en Adán, estaba nuestra alma, dice un padre de la Iglesia, sujeta perfectamente á la razon... dominaban la prudencia y la equi-

dad; estaba el entendimiento ilustrado con las luces de la sabiduria; la fortaleza sostenia las potencias del alma; la templanza moderaba los apetitos... nuestro corazon era templo digno del Espíritu Santo, y objeto de sus complacencias. Mas luego que el pecado turbó esta paz feliz del espíritu humano, quedó su entendimiento lleno de tinieblas, su voluntad indócil, debilitadas sus fuerzas, desordenados sus deseos. De este venenoso origen dimana aquella propension é inclinacion á lo malo, de que tanto se lamentaba S. Pablo, y á quien llama ángel de satanás, y ley de la carne. Este afecto pues ó inclinacion al pecado, es la causa de todos los males, porque incluye la prudencia de la carne, y la propension al vicio. Á esta ley se dignó el Señor oponer la ley del espíritu, para que triunfase el hombre con ella de la de la carne; es decir, la ley de la gracia, ó virtud del Es-

píritu Santo, escrita en el corazón de los fieles, la cual no solo ilumina el entendimiento contra la prudencia de la carne, sino que incita y mueve la voluntad á lo bueno, contra la inclinación de la concupiscible. Por esto, dice el Apóstol, que la ley del espíritu de vida en Jesucristo lo libró de la ley del pecado y de la muerte; y esta ley de gracia no es otra cosa, según los padres, que la gracia misma, sin la cual, como la fe nos enseña, nada podemos obrar meritorio de la vida eterna.

En efecto, ni el pecador puede convertirse á Dios sin la gracia, ni el justo permanecer sin ella en su justicia. Sin mí nada podeis hacer, nos dice Jesucristo, ni puede nadie venir á mí, sin que lo traiga el Padre, que me envió. Por manera, que así como el ave no puede volar sin álas, tampoco el hombre dar un paso á su conversión sin la gracia.

Ten misericordia de mí, clamaba á Dios el Real profeta, apiádate de mí, porque estoy enfermo... sáname, Señor, y seré sano. Apoyada la Iglesia en estos y otros muchos oráculos, fulminó en el santo concilio de Trento estos dos anatemas contra los hereges: 1. Si alguno dixere, que el hombre puede ser justificado delante de Dios, por sus obras, sin la gracia de Jesucristo, sea excomulgado. 2. Si alguno dixere, que el hombre, sin prévia inspiración del Espíritu Santo, y sin su auxilio, puede creer, esperar, amar, ó hacer la penitencia necesaria para que se le confiera la gracia de la justificación, sea anatematizado. Ninguna obra pues meritoria de vida eterna puede el hombre hacer, ni aun concebir, sin la gracia de Dios. No somos suficientes, decia S. Pablo, para pensar cosa alguna por nosotros, como provenida de nosotros mismos; toda nuestra suficiencia viene de Dios;

y lo mismo nos enseña el santo profeta Isaiás, cuando dice: yo sé, Señor, que la senda de la vida eterna no es del hombre, ni es propio suyo andar y dirigir sus pasos por ella; porque si Dios no guarda la ciudad, segun la expresion de David, en vano vela el custodio de ella. De suerte, que ni aun invocar podemos á Jesus sin el Espíritu Santo, como dice S. Pablo á los corintios.

Ademas, si somos tan frágiles, que aun el justo cae siete veces al día, ¿qué seria sin la gracia? ¿Qué soy yo sin ti, ó mi Dios! decia S. Agustin, sino una guia para el precipicio? ¿Ó qué soy cuando obro bien, sino un hombre á quien das tu leche, ó que goza de tu alimento, que no se corrompe? Por mas sano que esté el ojo corpóreo, añade este padre, no divisará los objetos si la luz falta. Del mismo modo el hombre, no solo el pecador, sino

tambien el justo, ni puede arrepentirse, ni vivir bien, ni permanecer en la justicia largo tiempo, sin el auxilio de la gracia actual; y esto quiso decirnos el Apóstol, cuando afirma, que en Dios vivimos, nos movemos, y somos.

Por otra parte, ¿quién ignora que los medios deben tener proporcion con su fin? ¿Habeis olvidado por ventura, que el fin del cristiano es la vida eterna? Siendo pues ésta de un orden sobrenatural, ¿no deberán ser del mismo orden las obras, que segun la ordenacion de Dios, han de servir de medio para conseguir este fin? ¿Y quién podrá elevarlas á un orden sobrenatural sino la gracia? Segun estos principios, que son irrefragables en nuestra moral, ¿quién podrá dudar de la necesidad de la gracia para salvarse? Para separarnos de Dios, dice S. Agustin, nuestra malicia basta; mas para convertirnos al Señor, somos tan impo-

tentes como los muertos en sus sepulcros, ni tenemos fuerza alguna para dar un solo paso en el orden sobrenatural, sin la gracia del Salvador. Es pues necesaria al pecador para convertirse, y al justo para perseverar. Hé aqui la fe de la Iglesia sobre la necesidad de la gracia.

Mas aunque sin ella nada podemos en el orden de nuestra salud eterna, con ella lo podemos todo. Este es otro principio de nuestra religion en materia de gracia. No hay en efecto obstáculo que ella no pueda vencer, tribulacion que no sea capaz de dulcificar, ni virtud que con ella no se pueda practicar. Recorred por un momento la historia de la Iglesia, y admiraréis las conquistas y trofeos de la gracia. ¿Quién postró á Pablo, enemigo irreconciliable del nombre de Jesucristo, que embriagado con la sangre de S. Esteban, y lleno de furor, meditaba extinguir el cristianismo, marchando

para este fin á grandes pasos á Damasco? La gracia del Salvador. ¿Quién le convirtió de perseguidor de la Iglesia en apóstol de las gentes? La gracia del Salvador. A la Magdalena, esclava de la sensualidad mas vergonzosa, y poseida de siete demonios, ¿quién la atraxo á los pies de Jesucristo, para que se los lavara con sus lágrimas, y enxugará con sus cabellos? La gracia del Salvador. ¿Quién hizo á los apóstoles dexar las redes y todo lo que poseían sobre la tierra, para seguir á Jesucristo, pobre, humillado y desconocido? La gracia del Salvador. ¿Quién convirtió á Augustino de furioso maniquéo, y esclavo de las mas viles pasiones, en luz brillante de la Iglesia católica? La gracia del Salvador. ¿A Mateo quién le convirtió de cambista en evangelista y apóstol? La gracia del Salvador. ¿Quién sostuvo la fe de Abraham, la piedad de Jacob, la pureza de Josef, la constancia de los mártires,

la austeridad de los solitarios, y el candor de las vírgenes? La gracia del Salvador.

Es verdad que no todas las gracias comunicadas al hombre triunfan de su corazon; hora sea porque no todas atraen igualmente; ó ya porque no seguimos igualmente sus inspiraciones. Pero es de fe que á todos da Dios auxilios para que puedan salvarse. Es de fe asimismo que todo lo podemos con la gracia del Señor, conforme á la sentencia de S. Pablo. Tambien es de fe, que nuestra perdicion proviene de nosotros, y no de parte de Dios, que tiene una voluntad sincera de salvarlos á todos. Ni el idólatra, que transfiere á las piedras y leños el culto y adoracion debida únicamente al Señor; ni el judío protervo, que aborrece el nombre de Jesucristo; ni el herege que le injuria en sus misterios y sacramentos; ni los malos cristianos, que des-

precian su ley santa, y de nuevo le crucifican con las culpas; ninguno de estos quiere Dios que perezca, sino que todos se conviertan por medio de la penitencia, como dice S. Pedro: *nolens aliquos perire, sed omnes ad pœnitentiam reverti*. A esta voluntad sincera de salvarlos á todos (pues por la salud de todo el mundo se dignó morir nuestro Reparador), es consiguiente la distribucion de sus auxilios. En efecto, asi como el sol nace diariamente sobre los buenos y los malos, y como la lluvia fecundiza los campos de unos y otros; del mismo modo el Sol de Justicia Cristo penetra con sus rayos, y rocía con su gracia el corazon de los mortales; ya excitándolos á penitencia; ya aterrándolos con la consideracion de su terrible venida; ya moviéndolos al amor de la virtud; ya abriéndoles los oidos para que oigan su divina palabra; ya convidándoles con sus eter-

nas promesas; ya amenazándolos con el infierno; ya en fin visitándolos con las enfermedades, tribulaciones, trastornos de sus negocios políticos, é intereses mundanos, con el triste exemplar de una muerte violenta á su presencia, ó del disgusto que les causan sus placeres mismos. A los que amo, dice el Señor, los reprehendo y castigo. Tened pues zelo, y haced penitencia. Yo estoy llamando á la puerta: si alguno oyere mi voz, y me abriere, entraré á él, con él cenaré, y él conmigo. El que venciere (con mi auxilio), le concederé sentarse conmigo en mi trono, como de resultas de haber yo vencido, me he sentado con mi Padre en su trono. Fiel es Dios, señores, y no permite que ninguno sea tentado sobre sus fuerzas. Si nada podemos hacer sin la gracia en el orden sobrenatural, con ella lo podemos todo. Mas por eficaz que sea, no nos quita la libertad. Este

es otro dogma de nuestra religion en materia de gracia.

Ella en efecto, por eficaz y poderosa que sea, nada obra que destruya nuestro libre albedrío. Lutero, este hombre de perdicion y del pecado, como le pinta un sabio de los últimos siglos, Lutero, incrédulo hasta la apostasía, libertino hasta ser incestuoso, incontinente hasta el escándalo, caprichoso hasta el furor, impio hasta ser sacrilego; Lutero, este hombre nacido para enemigo de la religion y de los fieles, para deshonor del cláustro, y escándalo de la Iglesia; Lutero sostenia entre otros errores, que la gracia eficaz imponia á los mortales una imperiosa necesidad, que los ligaba como á esclavos. Error grosero, desmentido por la tradicion de todos los siglos, y condenado solemnemente por la Iglesia. Es verdad, que ninguno viene á Jesucristo sin que la gracia lo traiga, segun su mismo oráculo. Pero no lo

trae con violencia: lo vence, triunfa de él como halagándole; pero sin inducirle necesidad ni coaccion. La gracia, dicen los padres, corrige la naturaleza, no la destruye. A veces para convertir al pecador, parece que Dios se conforma al carácter é inclinacion de éste. Al corazon del ambicioso, que solo aspira á las grandezas temporales, suele hablar el Señor diciéndole: elévate sobre esa vanidad, que te seduce, y aspira á una gloria mas sólida que la del mundo. Al guerrero suele inspirar: tú hace mucho tiempo que combates á los enemigos de tu soberano; tiempo es ya que pelees contra tus propios enemigos; es decir, contra el orgullo que te infla, contra la envidia que te devora, contra el ódio que te despedaza, contra las pasiones que te tiranizan. Al avariento, que solo piensa en sus tesoros, que se desvela por acumular, sin saber á veces para quién junta, suele de-

cir: ¿porqué no atesoras en el cielo, adonde no puede llegar la polilla ni el ladron? A este modo suele transformarse la gracia, y por diversos é industriosos giros obrar la conversion del pecador; pero salva siempre su libertad, y el asenso voluntario á sus persuasiones.

Para manifestarnos S. Agustin la eficacia con que la gracia nos atrae sin violencia ni coaccion, usa de dos elegantes símiles. Manifiesta, dice, un ramo verde á un cordero, y lo traes: enseña nueces á un párvulo, y lo atraes: viene con amor, viene sin lesion de su cuerpo, viene de buena voluntad. Hé aquí, segun que podemos concebir, el modo con que la gracia del Padre, por mas eficaz que sea, atrae á Jesucristo el pecador. Dios, dice S. Gerónimo, nos concedió el libre albedrío; y por tanto ni á las virtudes, ni á los vicios somos traídos por necesidad, pues de otra suerte, ni habria condenacion ni co-

rona. S. Juan Crisóstomo se explica así sobre la materia: la vocacion de Dios á nadie obliga, ni violenta de algun modo la mente de los que quieren despreciar la virtud: lo que hace es exhortar y aconsejar que de todos modos sean buenos; pero si algunos resisten, no les induce necesidad alguna para que quieran ser buenos; y los que son traídos (por la gracia), de tal suerte vienen, dice san Próspero, que si quisieran, pudieran no venir; porque siempre está en la voluntad del hombre aceptar ó no la gracia de Dios que se le ofrece, como se explica el concilio de Colonia.

¿Y en qué consiste, podrá decirme alguno de los muchos racionadores importunos, que quieren penetrar los secretos de Dios, en qué estriba, ó cómo se entiende esta concordia de la gracia eficaz y omnipotente, cual fue la de Paulo, la de la Samaritana, la de Augustino &c., con la libertad humana?

Cuestión verdaderamente peligrosa de resolver: dificultad gravísima, que ha exercitado los mas vastos ingenios, sin otro fruto las mas veces, que andar á tientas por entre estas tinieblas misteriosas. Los mas sabios doctores han reconocido su limitacion en esta parte; y Augustino, el grande Augustino confiesa ingenuamente de sí mismo, que acerca de esta materia no sabe mas que admirarse, y callar. Creamos pues que con la gracia lo podemos todo en el orden de la salud; y creamos asimismo que puede permanecer ó quedar sin efecto. Creamos que estos auxilios comunes y ordinarios nos hacen verdaderamente capaces de obrar, sin que podamos alegar excusa por falta de suficiencia. Creamos en fin, que la gracia en sus mayores esfuerzos, aunque tiene siempre seguro el triunfo, ni impone para su conquista necesidad alguna, ni violencia al vencido. Esto es lo que únicamente yo

sé deciros, para que creais, que sin la gracia nada podemos, que con ella lo podemos todo, y que jamas nos violenta ó quita la libertad; y hé aqui todo lo que la fe nos enseña acerca de la gracia en la conversion del pecador. Resta mostraros lo que prescribe la moral para la fiel correspondencia del pecador á la gracia. Seguidme atentos.

II. Tres verdades fundamentales nos enseña la sana moral de Jesucristo, en órden á la fidelidad con que debemos corresponder á la gracia. Debemos estimarla siguiendo sus inspiraciones: á pesar de nuestra flaqueza, nunca debemos desconfiar de su virtud, y siempre debemos cooperar á ella. Reflexemos brevemente.

La gracia es un don de Dios, fruto preciosísimo del árbol de la cruz, en que fuimos redimidos por nuestro adorable Salvador. Ella, segun sus diferentes grados ó acepciones de actual ó habitual, nos ex-

cita y mueve para la justificacion, ó nos justifica; hora nos atrae con suavidad y fuerza ácia nuestro Dios; hora enciende en el corazon humano el fuego del amor divino; hora nos halaga y convida á las promesas eternas; hora reprende nuestros vicios capitales, que nos privan de ellas; hora nos amenaza con la venida de un Juez inexorable; hora nos adopta por hijos de Dios, y herederos de su reino inmortal, transformándonos en imágenes vivas de Jesucristo, y templos del Espíritu Santo. ¡Ó gracia de mi Dios! ¡Ó si te conociesen los pecadores! *Si scires donum Dei*, como dixo el Salvador á la Samaritana, ¡en cuánto te estimarian! ¡cuánto apreciarían las ventajas que prometes á los miserables hijos de Adán! ¡con cuánta solicitud y vigilancia no seguirían tus pasos! ¡con cuánta fidelidad no corresponderían á tus benéficas inspiraciones!

¡Pero ó tiempos! ¡ó costumbres!
 ¡ó siglo corrompido! ¿Quiénes son
 los verdaderos amadores de este don
 inestimable, sin el cual es imposible
 ser eternamente felices? ¿Quién es
 el que al sentirla en su corazón, di-
 ce con la esposa de los cánticos: ya
 la tengo, y no la soltaré? ¿Quién
 es el que la abraza, como Jacob al
 ángel del Señor, sin soltarle hasta
 recibir la bendición? ¿Cuántas ve-
 ces, confesadlo de buena fe, cuán-
 tas veces no ha clamado la gracia á
 vuestro interior, diciéndoos, como
 el Bautista á Herodes: no te es líci-
 to tener comercio incestuoso con la
 muger de tu hermano: *non licet*.
 Mira que no es lícito permanecer en
 la ocasion y en el peligro: *non licet*.
 No es lícito retener lo mal adquiri-
 do, porque no se perdona el pecca-
 do, sin que preceda la restitucion
 en el modo posible: *non licet*. No
 es lícito permanecer en ódio y ene-
 mistad con tu hermano, porque si

de corazón no le perdonas la inju-
 ria, si no oras por él, si no le de-
 vuelves bien por mal, con espíritu
 de caridad, Dios no tendrá miseri-
 cordia de ti: *non licet*. No es lí-
 cito que abandones las inspiraciones
 del Señor, dedicando al luxo, á la
 vanidad, al placer los dias consa-
 grados á su adoracion y culto: *non
 licet*.

¿No son estas las voces que han
 resonado mas de una vez á vuestros
 oídos? ¿Habeis hecho de ellas el apre-
 cio y estimacion á que son acreedo-
 ras? ¿Habeis seguido con fidelidad
 sus preceptos? ¿Despreciais por ven-
 tura, como decia S. Pablo, las ri-
 quezas de la bondad del Señor, de
 su paciencia y de su longanimidad?
 ¿Ignorais que la benignidad de Dios
 os llama á penitencia? ¡Mas ah! que
 por vuestra dureza, y corazón im-
 penitente, tesaurizais la ira en el
 dia de su furor y de la revelacion
 de su justo juicio, en que retribuirá

á cada uno segun sus obras. Hermanos míos, Jesucristo es el que os habla, como á la Samaritana: *ego sum qui loquor tecum*. Jesucristo es el que os ofrece el agua viva de su gracia. No rehuséis beber, y conservar en vuestro corazon este rocío del cielo, no sea que en pena de vuestra ingratitud retire el Señor sus auxilios, dexándoos entregados á un sentido réprobo, y en manos de vuestro consejo. Mientras tenéis luz, dice Jesucristo, creed en la luz, para ser hijos de luz, y que no os comprendan las tinieblas. Cuando sintiéreis pues la luz de la gracia, seguidla fieles; porque si con ella lo podeis todo en el orden de la salud, no debéis tener desconfianza de obtenerla por la misericordia de Dios.

El ladron conoció á Cristo, dice S. Agustin, y Pedro le negó. En éste se demuestra que el justo no debe presumir de sí mismo; y en el buen

ladron, que ningun pecador, por impio que sea, debe desesperar de la misericordia. Tema pues el bueno pecer por soberbia, y el malo no desconfie de la gracia, por mucha que sea su malicia. Esta es una de las mayores ofensas que contra Dios se cometen. Es un pecado contra el Espíritu Santo, cuyo perdon es tan difícil, segun la sentencía del apóstol S. Pablo. Este fue el pecado de Caín y de Judas; y si quereis saber cuál fue la mayor ofensa que hizo á su divino Maestro este pérfido apóstata, si venderle por un precio vil, ó ahorcarse desesperado, os diré con S. Gerónimo, que este último fue su mayor delito; porque habiendo Dios jurado, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y sane, es desmentir su verdad y su misericordia, juzgar con espíritu de blasfemia, que no quiere, ó no puede perdonarnos.

Levantad pues vuestras cabezas,
Tom. VIII. R

esclavos miserables de las pasiones, os dice Jesucristo, porque se acerca vuestra redencion. La gracia de Dios se os franquea en este tiempo aceptable. Tan cerca la teneis, dice el Apóstol, que está en vuestros labios y en vuestro corazon. ¡Qué de suspiros, qué de sollozos no arranca á veces de vosotros, cuando considerais el miserable estado de vuestra alma! ¿De dónde, sino de la gracia, salen aquellas resoluciones que alguna vez habeis tomado de entablar un nuevo método de vida? ¿De dónde, sino de la gracia, vuestros remordimientos secretos del pecado? ¿De dónde, sino de la gracia, estas inspiraciones que os incitan y despiertan de vuestro deplorable letargo?

Nosotros, dicen algunos, bien sabemos que lo podemos todo con la gracia; pero no la sentimos, y despues de tantas culpas juzgamos esperarla en vano. ¡Lenguage erróneo! ¡Idioma impio! ¡Expresiones blasfe-

mas! ¿Cómo quereis sentirla, pecadores, en el abismo de la impureza, y en la embriaguez del crimen? ¿Quereis sentirla en los teatros, donde solo se presentan á vuestra vista objetos de vanidad y de sensualidad? ¿Donde solo perciben los sentidos movimientos, gestos y palabras amatorias? ¿Quereis sentirla en vuestras juntas mundanas, comparables á las lupercales y bacanales del gentilismo, donde como carbones os encendeis mutuamente en el fuego de la lascivia, donde la desenvoltura pasa por marcialidad y trato de gentes, y donde todo es lícito menos el ser buenos? Abandone el impio las sendas de su iniquidad, dice Dios por un profeta, dexé el inicuo sus malos pensamientos, sus torcidos caminos, vuélvase al Señor, y tendrá misericordia de él, porque es muy benigno para perdonar.... Buscad á Dios cuando se puede hallar, invocadle cuando está cerca; es decir, cuando

nos excita ó ilumina con su gracia; seguid sus inspiraciones llenos de confianza en el Señor, que si permanecéis en esta buena voluntad, cooperando á los auxilios, os recibirá como Padre, y renovará un espíritu recto en vuestros corazones. Aún necesito por un momento de vuestra atención.

Dios por su bondad infinita nos da gratuitamente los auxilios y dones necesarios, para que podamos con ellos obrar nuestra salud eterna. Este es el importantísimo, ó por mejor decir, el único negocio que S. Pablo encarga á los tesalonicenses; y esta es la ocupacion en que debe principalmente el hombre entender de por vida, conforme á la sentencia del Real profeta: salió, dice, á su obra y operacion hasta la tarde; como si dixese: desde que apunta en nosotros el uso de la razón, hasta la muerte, debe el hombre ocuparse en la obra de su eter-

na salud. Á este fin le confiere la gracia, y en ella todo lo necesario para perfeccionar esta obra admirable. Mas quiere que nosotros cooperemos al auxilio; y esta es la mente del Apóstol cuando dice á los corintios: os exhortamos á que no recibais en vano la gracia de Dios: como sucederia al que la recibiese sin obrar con ella; porque el Señor nos la da, dice un padre de la Iglesia, no solo para hacernos capaces de obrar, sino para que obremos con ella nuestra salud; pues el Padre de familias no dió el denario á los ociosos, sino á los trabajadores. De aquí concluye S. Ambrosio, que debemos ser cooperadores de la gracia, siguiéndola diariamente, ya sea que nos excite, que nos ayude, ó nos llene de riquezas espirituales. Cooperacion saludable, que si hasta el fin persevera, tiene anexa la corona de la gloria. Por manera, que ni la gracia sin el libre albedrío,

como S. Agustin se explica, hace que el hombre obtenga la bienaventuranza, ni el libre albedrío puede conseguirla sin la gracia; y esta es la mente del Apóstol, cuando dice: *por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido vacía en mí; porque he trabajado mas que todos ellos; mas no yo, sino la gracia de Dios conmigo*: podemos pues y debemos cooperar á la gracia para ser salvos.

Hé aquí, hermanos míos, un breve rasgo de lo que la fe de la Iglesia y la moral de Jesucristo nos enseñan acerca de la gracia, y el modo de corresponder á ella. No solo debemos creer que sin este don precioso (que Dios nos da, no por justicia, sino por mera liberalidad), nada podemos obrar meritorio de vida eterna; debemos creer asimismo, que con la gracia lo podemos todo en este órden sobrenatural, sin que ella en nada perjudique á nuestro libre albedrío, confiriéndole la vir-

tud de obrar su eterna salud. Ni debemos jamas perder de vista el aprecio y estimacion con que la debemos mirar, la fidelidad con que la debemos seguir en todas sus marchas, la confianza que debemos tener en su virtud omnipotente, cooperando nosotros para alcanzar por medio de ella las divinas promesas. Esta es la importante lección que nos presenta la Iglesia nuestra madre en el evangelio y conversion de la Samaritana. Jesucristo os espera fatigado de una ardiente sed de vuestra salvacion: os ofrece una agua pura, que tiene la excelente virtud de extinguir la sed, y apagar los deseos de todo lo mundano. No rehuséis, os ruego por las entrañas de Jesucristo, beber de esta agua saludable. No recibais hoy en vano la gracia del Señor: reconoced la sublimidad, virtud y eficacia de este precioso don de Dios: aprovechad este tiempo aceptable, este dia de

salud, en que el Señor os llama y os convida con su gracia. Por graves y enormes que vuestros pecados sean, aún hay lugar de penitencia. Jesucristo, á quien representa esta adorable imágen, os espera con los brazos abiertos, ofreciéndoos su misericordia. Apresuraos á llegar á este tribunal de su clemencia, y con un dolor profundo de haberle ofendido decidle: Señor mio &c. DIXE.

el evangelio y predicación de la vida eterna. Jesucristo os llama y os convida con su gracia. Por graves y enormes que vuestros pecados sean, aún hay lugar de penitencia. Jesucristo, á quien representa esta adorable imágen, os espera con los brazos abiertos, ofreciéndoos su misericordia. Apresuraos á llegar á este tribunal de su clemencia, y con un dolor profundo de haberle ofendido decidle: Señor mio &c. DIXE.



SERMON
PARA LA
DOMINICA CUARTA

de cuaresma,
sobre la Providencia.

Cum sublevasset ergo oculos Jesus, et vidisset quia multitudo maxima venit ad eum, dixit ad Philippum: unde ememus panes, ut manducent hi? Joann. VI. 5.

SEÑORES:

El célebre milagro de la multiplicación de los panes y los peces, que